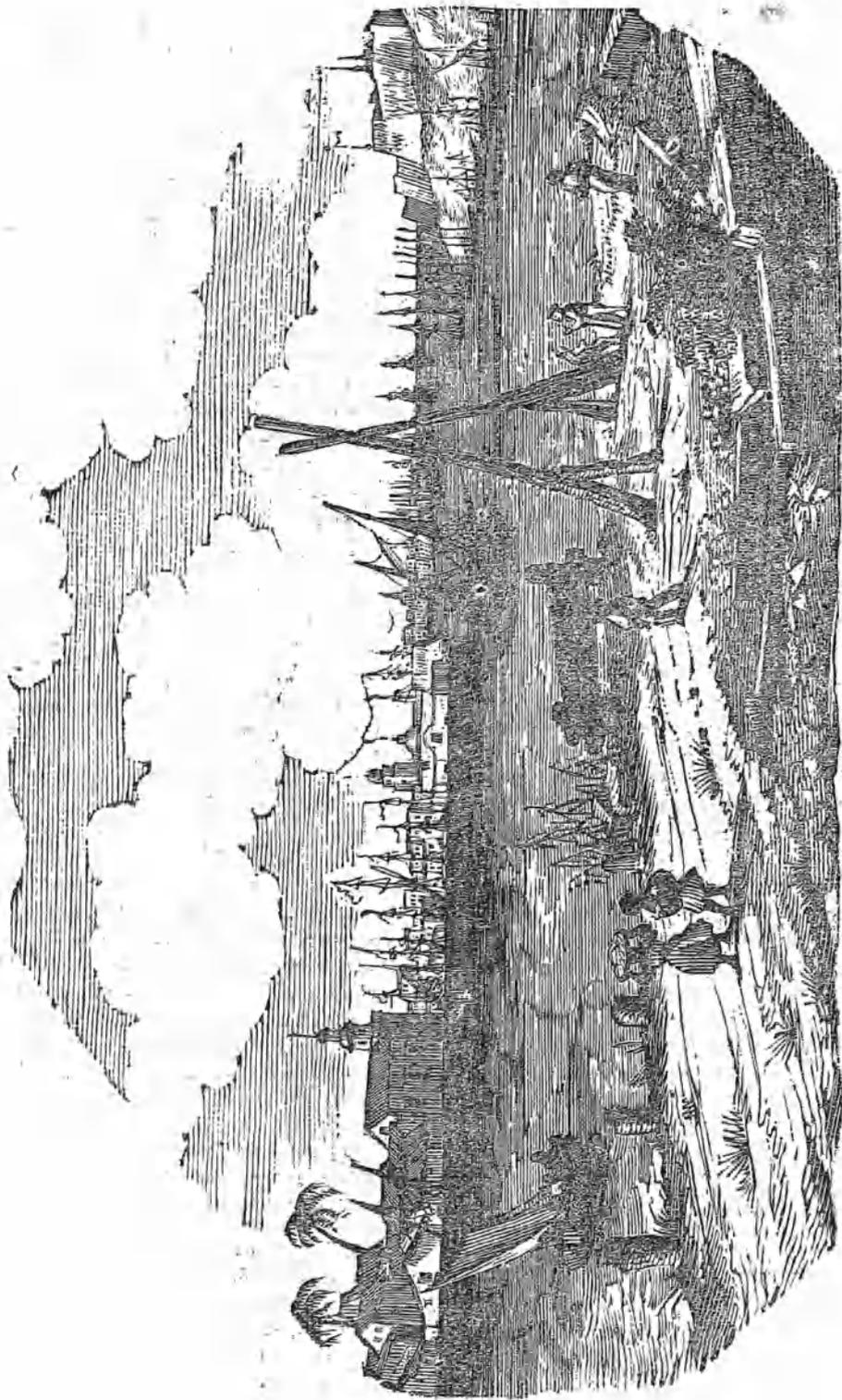


VIAJES.—LA HABANA.



(Vista de la ciudad y puerto de la Habana.)

LA HABANA.



Algunos minutos del trópico de Cáncer se extiende la justamente celebrada *isla de Cuba*, reina de las Antillas, por su riqueza, dimensión, importancia, civilización y nombradía. Situada á la entrada del seno mejicano, cróela el viajero la llave de un vasto continente; al mismo tiempo que, considerando sus campos estensos y feraces, sus ocho grados de oriente á ocaso y uno de norte á sur, parece colocada entre ambos mundos, por la mano de la naturaleza, para ser el depósito del comercio universal. Heredera de la primacía que tuvo un tiempo Santo Domingo, ondea con toda su antigua gala y esplendor la bandera vencedora en San Quintín y Otumba. Hija mas amorosa que amada, sostiene el crédito de la célebre opulencia castellana, y sufrida, á la par que rica, muestra al mundo con firmeza y seguridad los lazos que la unen á la nación de sus padres, á la cuna de su grandeza.

Pero tan vasto y celebrado territorio, floron tan bello de la corona de Castilla, es en la península española tan poco conocido, tan libiamente estimado, tan ingratamente juzgado, cual pudiera serlo un país remoto de extraño y enemigo dominio. Así es, que el mayor número de españoles que lleva á aquellos países el mandato del gobierno ó el deseo del propio engrandecimiento, llega á ellos con ideas tan extrañas que se sorprende á vista de cuanto le ofrece la realidad. Así es como el gobierno contribuye menos de lo que pudiera á los adelantos de aquellos países, porque suele carecer de datos para formar su sistema de administración, y no siempre es feliz en la elección de delegados. Interin en escritos mas serios y estensos que este manifestamos nuestros principios acerca de la cuestion tan importante, describiremos, imparcial viajero, la célebre ciudad de la Habana, capital de la hermosa isla de Cuba.

Cuando en las inmediatas horas al mediodía sopla benigna la brisa del Oriente, los numerosos buques que de todas las partes del universo se encuentran á la puerta de aquel rico mercado, pueden desplegar sus anchas lomas, y hacer rumbo hácia la estensa bahía de la Habana. Desde luego se complace el viajero en notar la diversidad de banderas que allí diariamente concurre, siendo muchas las españolas ó norte-americanas; el número infinito de vapores y barcos de vela que cruzan desde la Habana hasta el vecino y rico puerto de Matanzas, y las muchas velas que en las tempranas horas del día zarpan del puerto.

Á la izquierda divisase *El Morro*, importante fortaleza, coronada con la bandera de Castilla y el sinnúmero de señales que anuncian á los habitantes de la población los viajeros que se acercan á sus limpias y frecuentadas costas. Inmediato á este castillo, la roja *Cabaña*, castisima fortificación mas importante todavía, aunque dominada por una inmensa eminencia. Á la derecha del puerto y enfrente del Morro la *Punta*, que parece otro de los centinelas que guardan la estensa bahía. Y si la vista se dilata por los vecinos campos, hijos de una naturaleza riquísima y jóven, se ven las delgadas y poéticas palmas, los sombríos cedros, las colosales y robustas caibas, los aromáticos naranjos y las ricas caobas. Se ven los árboles que producen el delicado caimito, el suave y erguido mango, los torcidos cocoteros, las doradas cañas y tendidas por el suelo, esas frescas, vistosas, regaladas pi-

ñas, reina de las frutas del universo. Se ven los mangles amorosos de las aguas, y el término de algunos rios que traen de lejos sus puros cristalinos raudales. Es limpia la entrada del puerto, y no es necesario práctico para franquearla; y es gozo ver á menudo que pasan los buques bajo los cañones del Morro, tan oprimida deja la boca del puerto las numerosas velas que aprovechan para entrar el soplo blando de la brisa.

Va dentro es tiro y mas elevado el género de reflexiones y sentimientos que embargan el alma y ocupan la mente. Si es español y jóven el viajero, aquella será probablemente la vez primera que vea la bandera nacional sobre el castillo de papa de un bajel apoyada por numerosas cañones; allí probablemente verá por primera vez los restos de esa gloriosa marina española que pereció en Trafalgar; verá naves, escasas en número, pero todavía orgullosas de su antigua reputacion, siendo modelo de buen gusto, lujo, disciplina é inteligencia. Y le causará sorpresa ver el primer puerto español en importancia, tan concurrido y animado, con esa multitud de naves, de banderas, de botes, y esa confusion de voces, fardos y trabajadores en los espaciosos y cómodos muelles. Y el ver atracadas embarcaciones de tres mástiles á las gruesas tablazones del muelle, haciendo así facilísima la carga y descarga de efectos. Aquella confusion, aquel laberinto, aquella animada existencia espanta orgullo y alegría en el alma, y engendra tristes pensamientos si el viajero se dirige á aquel puerto desde el cadavérico abandonado de Cádiz.

La Habana está situada en una estensa llanura, construida sobre mas de trescientas mil varas cuadradas de terreno, tiene una inclinacion mas ó menos sensible desde el extremo terrestre de la población hasta la bahía, si bien el nuevo género de construcción ha modificado mucho las escalasidades. Es el terreno sobre que está edificada la población un banco calcáreo grueso, de una dureza generalmente extrema. Hay parajes, no obstante, en que es desmoronable. Esta superposición es perfecta, sin vacíos, de manera tal, que en algunos sitios estos principios calcáreos han comenzado la formación de una piedra nueva de que habrá con el tiempo cantidades grandes.

La mala corriente que se dá á las aguas en esta ciudad hace su insalubridad, á juicio de algunos. Personas hay que opinan que pocas ciudades existen cuyo suelo sea mas susceptible de comodidad y salubridad. Otras, por el contrario, imaginan que sin el auxilio de cloacas, ninguna mejora se podrá conseguir jamás en la limpieza pública. Lo cierto es que, á pesar de ser tan conocidos los estragos del vómito, no se ve al gobierno buscar bastante los medios de que esta plaga desaparezca. — Conviene que se tenga presente un hecho práctico de suma importancia en este asunto. — Una de las poblaciones del sur de los Estados-Unidos era diezmada anualmente por el vómito; un celoso magistrado cuidó de que las aguas, hasta entonces mal repartidas, sirviesen á la limpieza pública, y con este sencillo remedio, prudentemente aplicado, ha desaparecido del todo aquella enfermedad, sin que se haya repetido un solo caso de vómito.

El aspecto de la Habana es curioso; las calles son todas tiradas á cordel y en divisiones iguales; pero esta regularidad en el conjunto no está igualmente observada en los detalles. Así que sorprende al ver al lado de un suntuoso palacio una mezquina y asquerosa casa, y la construcción mas moderna y elegante al lado de la mas antigua é irracional. Nótese en los edificios disparidad tan extrema, pero sin sorprender por cierto, pues nada es menos extraño que ver una iglesia antiquísima y un teatro moderno.

La población está sembrada de magníficas obras públicas. El *paseo de Tacon*, el *Campo de Marte*, la *plaza de Armas*, los *dos Teatros*, la *casa de Gobierno*, el *Templo* que está en el sitio en que se dijo la primer misa en aquel país, la *Catedral* en que descansan los restos de Cortés, el *Cementerio*, mandado formar por el obispo Espada, cuya memoria es tan amada en aquel país, y el *Marqués de Someruelos*, capitán general entonces de la isla, magnífico asilo cruzado en todas direcciones por hermosas calles de árboles; la *casa de Beneficencia*, obra pesada de arquitectura de fines del siglo pasado. Este establecimiento se halla en un estado admisible de limpieza y administración. Suele invertir sesenta mil duros anuales, y cuenta con un eredo sobraute. El convento de San Francisco es el monumento de arquitectura más importante de cuantos tiene la Habana. Su arquitectura es pesada, maciza. Su nave principal tiene dos órdenes de capillas, y sobre los cuatro arcos de la mayor elevase un espacioso cimborrio, desde donde se asientan interiormente unas bellas galerías pintadas de verde y oro. Tiene su torre 46 varas de elevación, y es la más alta de la ciudad.—La sillería del coro es de caoba de la isla, y está esquisitamente tallada.

El teatro de *Tacon*, que llevamos dicho, es el mejor en que resuena la lengua española, pero desgraciadamente la compañía que allí representa es escasa por lo general en mérito. La distancia á la península, el poco adelanto en este ramo aun en los más de los teatros de España, y el infundado temor al vómito y al mar, es obstáculo para que muchos buenos artistas se dirijan á aquellos países, en donde les esperaría una fortuna regular. El dueño de este teatro es empresario de los dos principales que tiene la Habana. Dos son las compañías que trabajan á sus órdenes: la italiana de ópera y la española. La primera suele hallarse compuesta de artistas muy distinguidos, buscados en Italia: *Lu Albini* que estaba allí el último año fué escriturada en mil duros mensuales, viajes pagados y un beneficio que se puede valuar en dos mil y quinientos duros. *Montresor* era el aplaudido tenor de la época. Y como la compañía se hallaba tan completa y aun doble, la empresa perdía, pero en cambio ganaba extraordinariamente con la comedia. El teatro de *Tacon* está muy concurrido siempre, y en este solo una vez por semana hay ópera, así como en el de la Habana solo una vez hay función dramática. Pero es moda en este último abonarse, y la aristocracia toda del país, que es mucha, rica y generosa, casi sostiene el teatro con sus palcos.

(Se concluirá.)

JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.

MARIANO.

NOVELA DE COSTUMBRES.



— « ¡Coche ha pasado ya. Maldita sea la hora en que nacíste Chepe; es una infame noticia la que me traez. — Y qué! Pacencia y barajar. — Pacencia! Y ese pícaro D. Luis se reirá en mis hocicos dexpuez de haberte zoplao la novia... No; juro

á Dios que no. Mira: zaca el tordiyó y á montar. ¿ trá muy lejoz el coche?

— « Coza de medio cuarto de legua. Pazó mientraz yo estaba conzolando á la pobre Paca, que siempre está yorando, como ei no hubiera aprendido en la escuela nra coza.

— « Ya me tiene acribiyao con zuz lágrima z y zuz arramacoz.

El que esto último decía era un hombre como de veinte y cinco años, alto, bien formado, cuyo rostro revelaba hondos pesares, y vestido con el traje que generalmente acostumbra llevar los contrabandistas y majos andaluces: calzon corto, botines de cuero bardados de sedas de colores, chaquetilla adornada con belloticas y alamares, faja encarnada, pañuelo de seda con brillante sortija al cuello, y sombrero calañés: una canana bien provista de municiones que le rodeaba la cintura, una carabina de mas que regular tamaño y una manta de muestra, que le servia ya de defensa en un encuentro de arma h'auca, ya de abrigo en rigurosa noche de invierno, completaban su pintoresca y cómoda vestimenta. El segundo interlocutor que acababa de merecer del primero una maldición y el nombre de Chepe, lucia el mismo traje, aunque de menos lujo; y á juzgar por la confianza que entre ambos reinaba unas veces, y por el respeto que otras manifestaba Chepe á su compañero, cualquiera los hubiera tenido ó por dos amigos, ó por amo y criado.

El sito en que se hallaban era la entrada de un cortijo situado al lado derecho del camino real de Sevilla, sobre una altura desde la cual se divisaban y aparecian como fantásticas alfombras las verdes y olorosas campiñas de Andalucía. Elevábanse á su frente como en contraste algunos peñascos por cuyas grietas se deslizaban transparentes arroyuelos, que se perdian entre las desigualdades del terreno, y volvian á aparecer mucho mas lejos para pagar su humilde tributo al delicioso Guadalquivir. Era la tarde de un dia de noviembre; el cielo estaba despejado, la atmósfera serena, y solo en el corazon de un desgraciado bramaba oculta tempestad.

II.

Mariano era hijo de un contrabandista de Málaga que se habia enriquecido en el comercio; su padre quiso darle una educacion esmerada, y con este objeto lo envió á Cádiz bien provisto de recomendaciones y de dinero. Mariano era inclinado á los placeres, generoso, valiente y carecia de esperiencia; tenia hermosa figura, rasgueaba con primor la guitarra, y no pensaba en el porvenir: con estas disposiciones pronto se halló en Cádiz como en su centro. Con afecto, algunas múicas nocturnas, varios misteriosos encuentros de la plaza de San Antonio y de la alameda del Carmen, tal cual paliza dada y recibida al salir del Valon ó en la *Mirandilla*, tres ó cuatro amigos calaveras, y unos ojos ázules llenos de fuego, elocuentes, irresistibles, hicieron de nuestro jóven un héroe. — ¿De qué te sirve pensar todo el dia como un bullo sobre los libros? le dijo un amigo. ¿No eres rico? El estudio se ha inventado para los pobres. Tú no has de ser abagado, ni canoáigu... Vamos, quemá esos mamotretos y aprende á vivir. — La voz de un amigo es una cosa sagrada; se introduce en el corazon, lo domina; es la voz de Dios, pura, desinteresada... ¿Quién se resiste á la voz de un amigo?

No tardó mucho tiempo Mariano en experimentar los efectos de aquella perniciosa sirena. Habia visto en un paseo á la hermosa Lués, hija del marqués de L***; y verla, adorarla, y poner en juego medios eficaces para ser correspondido fue para él obra de un solo dia. Serenatas debajo de sus balcones, billetes amorosos, sedas, diuere

á las criadas, nada escaseó Mariano para llegar al logro de sus deseos. Sin embargo ninguna respuesta, ni el más ligero favor había recibido que le alentase en su empresa, y esto mismo le obligaba á proseguirla, llegando á enamorarse tan perdidamente de Inés que primero hubiera renunciado á la vida que á su posesión.

Llegó por fin el día en que su suerte iba á decidirse. Paseábase Mariano pensativo y á la ventura por las calles de Cádiz una mañana del mes de octubre de 1817 cuando oyó que le llamaban por su nombre: paróse, miró hacia atrás, y reparó en una mujer cubierta con un velo negro. Creyó el jóven al pronto que era alguna de sus conocidas aventureras y se dispónia á seguir su camino; pero ella se le acercó, y asiéndole del brazo le dijo:

— «¿Cuándo darás V. señor D. Mariano, por tener esta noche una entrevista con la señorita Inés de L.***?»

— «Ah! respondió nuestro héroe sorprendido; y V. puede.... Pero no; ¿quién es V.?»

— «Un donceya, si V. no lo toma á mal.»

— «¿Ez posible gran Dios! Y eya.... Ah! por piedad.... dígamelo V. ¿Me ama?»

— «Ez V. correspondio, pero....»

— «¿Qué! ...»

— «Hay de por medio un rival formidabile.»

— «¿Jaro á Dios que lo mataré.»

— «Bien hecho y mejor penzao.»

— «¿Y cuándo la he de ver?»

— «Esta misma noche á las nueve irá V. á estacionarse debajo de la ventaniya que hay detraz de la caza del marqués; eya estará arriba, y hablarán VV.; pero cuidado con D. Luiz.»

— «¿Quién es D. Luiz?»

— «El Rival.»

III.

Las nueve de la noche daba el reloj de San Antonio, hora en que reunida una brillante tertulia en el salon del marqués de L.*** presentaba el espectáculo de esos magníficos *Soirées* que modernamente hemos admirado y admiramos en los grandes *hôtels* y palacios de París y de Madrid. Todos los concurrentes se esmeraban en contribuir á disfrutar lo que en esas reuniones de la alta sociedad se llama una noche deliciosa; deliciosa que consiste en hablar de la última moda, en elogiar la voz y maneras de la *dama soprano*, en criticar el eulace del conde H. que vá á pagar sus trampas, en tocar una obertura al piano y en pasear un rigodon. En 1817 no conocíamos rigodones, y los bailes de primera clase eran mucho mas animados pues no se había escludido de ellos el vals por alto, el nacional y airoso bolero y la expresiva contradanza española. La tertulia del marqués de L.*** era pues preferible bajo este aspecto á las que hoy disfrutamos.

En aquella tertulia reinaban tambien la alegría y la franqueza que los graves españoles hemos ido desterrando poco á poco, no se si á pretexto de nuestras desgracias ó de nuestra orgullosa pobreza. Y con todo; tambien había allí una mujer triste, una mujer con el rostro risueño y el corazón despedazado, una víctima de la preocupación y del despotismo paternal, que había comprendido á fuerza de ejemplos la necesidad de hacer creer á todos que estaba alegre, porque hace veintitres años eran hipócritas las hijas de familia, no por cálculo como ahora, sino por obligación. Inés, única heredera de grandes riquezas estaba ya destinada á sacrificarse, uniendo su mano con la de D. Luiz, hijo primogénito de un título de Castilla: era un pacto de familia, un testado en que solo las apariencias sociales, no las conveniencias, habían tenido parte. El corazón, la felicidad de dos novios era

un incidente secundario, una cosa subalterna: por otro lado, era clara que habían de ser dichosos una vez que poseían grandes riquezas y dos títulos. ¿Para qué mas en este mundo?

Don Luis amaba á Inés; pero esta, al paso que aborrecía en el una petulancia sin límites y el insupportable orgullo que heredó de su familia, había notado las fogosas miradas que Mariano, nuestro jóven enamorado, le dirigia en los paseos y en la iglesia; había leído sus billetes llenos de entusiasmo y de pasión, y admiraba su gallardía y la fama de valiente que entre los guspetones de la vida airada se había adquirido. Por mucha vanidad que tenga una mujer, siempre es sensible á estas prendas. Inés pues amaba á Mariano, lo sabía, y aunque dispuesta interiormente á no vencer una pasión que nunca es tan violenta como cuando es reciente, presentía los terribles obstáculos, mas aun la imposibilidad de romper los detestables lazos que la unian á D. Luiz..., presentía en fin que iba á ser desgraciada.

Avanzaba la noche, y Mariano esperaba hacía una hora al pie de la ventaniya el cumplimiento de sus deseos. Arrimado para no ser visto, mas por decoro de Inés que por miedo, á un ángulo que formaban dos lienzos de pared, proyectando en la calle negra sombra, se entregaba de antemano á la felicidad que dentro de pocos momentos iba á gozar. No le parecía sueño aquella «ventura», porque estaba acostumbrado á creer todo posible, ni hallaba dificultoso que la hija de un grande, bella, jóven y virtuosa se enamorase de él, porque juzgaba á todos los corazones por el suyo: el desencanto debía ser horrible. Asomó por fin una mujer, la noche estaba oscura, tanto mejor para el misterio de una cita.... Era ella... Ni cómo dudarlo?

— «Buena nochez, pronuncio una voz que pareció á Mariano la de un ángel.»

— «Hermosa mia! He yegao por fin al término de mis esperanzas! Ah! Si supieras lo que pade en este corazón tuyo! Mis cariaz te lo han dicho ya mil veces; pero tú, ingrata, desconocías, ni á una sola me haz contestao.»

— «No era ecente.... mas no por eso merezco tales nombres. Yo.... ez preciso ecirlo.... sí.... yu.... amo á V.»

— «Bendita mil veces sea esa rezalaizima boca. Ah mona! Si pudiera apretarte aquí contra mi pecho! Acabaz de hacerme el hombre mas feliz.»

— «V yo soy la mujer mas desgraciada.... Mañana....»

— «Qué! Qué!

— «Mañana debo casarme.»

— «¿Con quién!

— «Con D. Luiz.... mi padre se ha empeñado y....»

Un rayo que cayera en aquel momento no hubiera desconcertado á Mariano tanto como aquellas palabras. Calló largo espacio, pero recobrando al fin su acostumbrada sangre fría dijo á Inés:

— «¿Estás rezuelta á zer mia?

— «Sí, contestó ella.»

— «¿Tienes valor?

— «No me falta. ¿Qué debo hacer?

— «Mañana á las cinco saldrás á miza; yo te esperaré con dos cabayoz en este mismo sitio y huirémos de Caiz.»

— «¿Malvado! gritaron al mismo tiempo; Inés desapareció, y un hombre con la espada desnuda se precipitó sobre Mariano. Hizose éste atrás, empuñó la navaja, y dijo á su contrario.»

— «¿Ze yama V. D. Luiz, mi amigo?

— «Sí, respondió el de la espada; D. Luiz de Parde es mi nombre, vilano; entregate ó te mató.»

— «Gracias á Dios que pueo cumplir mi juramento exclamó el jóven: dije que mataría á D. Luiz, y lo mata

ré. Al mismo tiempo dió un salto hácia adelante y atravesó con el cuchillo el pecho de su rival. Cayó éste dando gritos, y Mariano se retiró paso á paso, perdiéndose en breve por las callejuelas de la ciudad.

IV.

Un mes despues de este suceso se hallaba Mariano á la entrada de un cortijo en el costado derecho del camino real de Sevilla; á su lado estaba sentada una mujer llorosa que al parecer imploraba su piedad.

— «Ya te he icho, Paca, decia él, que me haz hecho dezgraciao, y cuando un hombre como yo lo ica, ze le puee creer.

— «Yo te amaba, respondió la mujer sollozando.

— «Tambien me ijiste que eya me amaba y mentizite...

¿Y qué me importa tu amor? Huízte del rezentimiento del marqués cuando zupo que habian representado el papel de zu hija hablando conmigo desde la ventaniya, la noche que herí á D. Luis, y me pedizite un azilo en eztoz andurriales. Te lo concedí por caridá; tú cuidaz de mí y de mi criaio, en una palabra, me sirvez en el cortijo como zerviaz al marqués en zu gran caza de Cádiz. ¿Qué maz quierez?

— «Tu amor...

— «Caya, perra de Lucifer... Mi amor! ¿Zabez tú lo que ez mi amor?... Ah! ¡Eya zola! ¡luéz!...

Y Mariano se separó de Paca, y pasó largas horas meditando en las consecuencias de un crimen que hacia dias habia concebido.

D. Luis no habia muerto, ni su herida presentaba el menor peligro; el austo que á pesar de su valor le asaltó cuando se vió acometido por Mariano, á quien suponía indefenso, y una enorme piedra en que no habia reparado, produjeron su caída. Pocos dias tardó en restablecerse, y el marqués agradecido al empeño con que habia salvado el honor de su hija, comprometido por la intriga de Paca, activó las diligencias matrimoniales, y la union de Inés con D. Luis tuvo efecto á entera satisfaccion de todos sus amigos. Súpulo Mariano en su retiro, y supo tambien que los nuevos esposos debian salir para Madrid cinco dias despues de la boda. En consecuencia determinó observar el camino real con cuidado, valiéndose al efecto de su criado Chepe, hombre como él resuelto, y que se habia visto obligado á escaparse de Cádiz, por hallarse comprometido en un lance de puñaladas que habia producido el resultado de dos ó tres muertes. Así estos dos hombres, fuera de la ley por distintos motivos, se habian unido para hacerse mas fuertes contra la ley: el hombre desgraciado como, bebía y dormia con el hombre perverso, confundiendo los dos en el seno de la libertad, en los montes, del mismo modo que la ley los confunde en las cárceles y en el patibulo.

Cuando Mariano supo que el coche que conducia á Inés y á D. Luis habia pasado por el camino real, sintió una opresion violenta, como si su corazon se encontrase apretado entre dos planchas de hierro. Pero las emociones duraban en él un minuto; sabia vencerlas y dominar todo sentimiento desde el instante que formaba una resolución: al frente de un imperio hubiera sido inatacable, al frente de un ejército un conquistador.

Montó Mariano en su tordillo, y seguido de Paca y de Chepe se adelantó por un atajo, calculando que antes de anochecer podría bajar al camino real por un punto á donde el coche no hubiese llegado aun, á causa de una cuesta que tenia que bajar. Precisamente se encontraba al fin de aquella cuesta el sitio en donde Mariano habia determinado llevar á cabo su venganza.

Cerca ya del camino dejó los caballos en el bosque al

cuidado de Chepe, y se adelantó con su carabina. A pocos momentos divisó el coche. Ardiendo entonces en ira, y asomando á sus labios una sonrisa irónica.. Ya te tengo, exclamó, pérfido D. Luis; no gozarás por mucho tiempo de tu dicha.—Y diciendo y haciendo empuñó la carabina, cuando se sintió detenido por el brazo de Paca que le habia seguido sin ser vista.

— «¿Qué traez aquí! dijo Mariano con desprecio.

— «Vengo á evitarte un crimen, respondió Paca, ya que yo soy la caoza de tu dezgracia... Mira, siadió con entusiasmo, y señalando al cielo, ay! está el Dios que no ha de juzgar... to corazon ez bueno... perdona á D. Luis.

— «Nunca, nunca, no hay perdou, gritó Mariano; y apartando bruscamente á Paca con su fuerte brazo, levantó la carabina, apuntó al coche, y el tiro resonó por el bosque como el estampido de un seco trueno. La primera víctima de la venganza de Mariano fué el cochero. Precipitóse D. Luis al camino armado con dos pistolas, pero su rival habia vuelto á cargar la terrible carabina, y el segundo tiro acabó con la vida del esposo de Inés. Corrió Mariano al coche en donde yacía desmayada la inocente y desventurada causa de aquel infortunio, y abriendo la portezuela la sacó en sus brazos al camino. Acudieron Paca y el criado con los caballos, volvieron á montar, y se internaron por el bosque, llevando Mariano á Inés deslallada.

V.

El año de 1818 shorearon en Málaga á un famoso bandido llamado Mariano ó por otro nombre *El sin miedo*: era natural de la misma ciudad, y habia hecho su nombre celebre á fuerza de delitos. En sus últimos momentos refirió al religioso que le auxiliaba la historia de su vida: murió arrepentido de sus crímenes, y dejó declarado que al lado del cortijo en que fue preso, se hallaria al pie de un árbol una maleta llena de onzas de oro, las cuales era su voluntad se entregasen por iguales partes á Sor Inés y á Sor Francisca, religiosas hospitalarias de S. Juan de Dios de Cádiz, á quienes habia tenido en su poder por haberlas sorprendido en un camino, y que habian huido de él apenas pudieron hacerlo.

El religioso citado apuntó los principales incidentes de esta historia, y su cartera me ha inspirado la idea de extraer un cuento que publico, no como interesante, sino como provechoso para la juventud.

J. M. DE ANDUEZA.

CRITICA LITERARIA.

LAS NOVELITAS FRANCESAS.



La literatura novelera francesa va en decadencia: su gran sucesor el Sr. Honorato Balzac, se planta ya en 800 ejemplares, algunas veces menos, muy pocas mas. Jorge Sand llega con dificultad á mil, Alejandro Dumas, de 800 á 900, y Julio Janin para llegar á los 1000 tiene que hacer sotar un mes antes y otro despues de la publicacion la trompeta de la fama: tómese pues por término medio 700 ejemplares, y resultará uno solo por cada cuarenta y ocho mil quinientos cuarenta franceses y francesas, y esto que las diez y nueve vigésimas partes de aquellos saben leer,

escribir y contar; hacemos abstracción de los honrados lectores y lectores rusos, ingleses, alemanes, bávaros, suecos, noruegos, españoles, italianos, americanos, asiáticos, y otros que tienen la bondad de cambiar su dinero á trocique de esas lindas producciones.

Jorge Sand, con sus pretentidas disertaciones filosóficas, con sus detalles de tocador y con sus descripciones agrestes, marcha con una lentitud que fatiga al lector. Mr. Balzac es tan pesado y tan fastidioso como Jorge Sand, si bien sujeta á las disertaciones filosóficas de este con minuciosas observaciones y descripciones de antiguos muebles y adornos, de los que no perdona ni siquiera un clavo. La novela de Dumas es el reverso de aquellos; en él los hechos se precipitan con una rapidez extraordinaria. Abrese una trampa bajo los pies del héroe, y cae éste en el foso, y apenas sale de él se halla con otra trampa: camina dos pasos más, otra trampa le espera; y así de trampa en trampa llega el héroe trampeando hasta que dá en la última, que es por supuesto la más ancha y más profunda, y ó bien se hace añicos la cabeza, ó sale triunfante y va á gozar en paz del fruto de sus proezas.

No hay que buscar en esta lectura ni filosofía, ni objeto: Todo el interés consiste en acucular hechos sobre hechos: Eulalia, v. g., jóven lindísima (y esto es muy esencial) va á las Talleres en busca de su hermosa amiga Clarisa; encuentra allí á un hombre de ojos verdes y de seis pies de estatura: Eulalia, sin tener la más mínima idea del amor, queda perdidamente enmorada, y á pesar de que la muchacha tiene virtud y educación, sin embargo se deja seducir, porque el hombre de los seis pies y de los ojos verdes á quien había tenido por un paladín es un monstruo tamaño: ¿Qué hace Eulalia? Va y se echa á llorar: pero con su educación y su virtud vuelve al cabo de algunas semanas en busca de nuevas aventuras y de nuevos monstruos que la hacen vivir y rubiar alternativamente. Tal es la novela de Alejandro Dumas, y en ella una situación hace olvidar á otra antes que la primera haya causado impresión alguna. Al paso que en las de Jorge Sand y de Balzac el lector saltará fastidiado veinte hojas de cada situación para haber de llegar á la peripécia.

Todos estos escritores pretenden además tener un estilo elegante; pero ¿sobre qué estriban sus pretensiones? en general le vemos duro y afectado. En una página la nube *eterna los rayos del sol* ó de la luna: las *carivaldes* «salpican de sus pechos hilos de agua» perforada que cee en el estanque y *empaña* el cristalino espejo con sus vaporosas golas; ó bien «los ojos de la heroína sepultados en sus órbitas quedarán como suspensos en el globo de lágrimas;» de forma que para comprender el lector esta gerigonza debe ser á la vez pavadero, jardinero y oculista. Esto en toda tierra de cristianos no es otra cosa que palabras zarzidas á otras palabras, ó en términos más técnicos, *música celestial*.

Con palabras, es verdad, se habla y se escribe; enhorabuena; pero si para decir *una jóven hermosa* nos tiene el autor durante diez páginas anatomizando la belleza de sus piernas, y la gracia de su cintura, el fuego de sus ojos y la transparencia de su cutis; si diez páginas más adelante emprende de nuevo, bajo el mismo tono, otra escursión por la muchacha adelante, el lector no podrá casarse de darse á los diablos, y digan lo que quieran los entusiastas, tirará el libro debajo de la mesa.

El estilo de Jorge Sand es ardiente como de mujer, y encierra bellísimos trozos; pero en general cada palabra viene su epíteto: «Los ríos tormentosos arrastran sus *enrojecidas* aguas á través de los *profundos* valles *circunvalados* de rocas *escarpadas*» Cabece también de gra-

dación; á una página llena de animación sigue ó precede otra que aunque bien escrita aparecerá lánguida por lo brusco del contraste, y después de haber elevado al lector hasta las nubes, tiene gusto en dejarle caer de un golpe en el duro suelo.

Pero si esto decimos en cuanto á la forma, ¿qué no podrá decirse en cuanto al fondo de todas estas obras? Sangre y cadalsos por do quier; crímenes espantosos justificados ó convertidos en objeto de burla; la seducción, la violencia, el adulterio, el incesto; tales son los materiales en que fundan el éxito de sus obras aquellos autores. Así el *Padre Goriot* (de Balzac) después de haberse arruinado por su hija, se deshace de la única renta que le queda para proporcionar á esta misma hija la distracción de una cita adúltera y secreta. Así en *la Mujer virtuosa* el juez Grandville, el héroe de la novela, compra una hija hambrienta de manos de una madre hambrienta también, por la cual se arruina y concluye por engañarla; y en *Lelia* y *Leon Leoni* solo se ven prostitutas, bandidos, maniáticos, asesinos y estafadores.

Una vez puestos á la obra los modernos noveleros en nada se detienen, y la fábula más común que sirve de texto á sus novelas, suele ser esta ó otra semejante. Un marido de 40 años toma por esposa á una doncella jóven, *tierna paloma*, ángel de dulzura y de belleza, criatura ideal y vaporosa que no estaba formada para un marido tan prosaico.—Infidelidad obligada de la mujer aérea.—Si el marido tiene la tontuna de llevarlo á mal, entonces estocadas, puñaladas, pistolazos entre el marido y el amante. Si este es el que se enfada, también hay puñaladas y golpe que canta el credo, con la diferencia de que entonces es al marido á quien le toca recibirlas de mano de su sustituto, que es exactamente el refrán de *tres de c... apalado*. Algunas veces hay una completa abnegación, un perfecto estoicismo del marido, y aún suele el mismo estimular los amores de su mujer; pero en todos los casos la heroína siempre por supuesto es una criatura dócil, incomprensible, ángel de otra región más elevada.—Ahora bien, preguntamos á estas señoras autores, si es que tienen esposas, hijas ó hermanas ¿dán ustedes á leer sus obras á sus hijas y á sus mujeres?

¡No! responderán; porque ningún corazón honrado puede dejar tales obras en manos de una doncella ó de una mujer jóven sin temblar por su virtud y por su felicidad. Abramos cualquiera de sus páginas.—«Es casi imposible en Francia á una mujer casada el ser virtuosa.» dice Mr. Balzac; lo cual no dejó de ser un agasajo para las señoras de su familia, y para las demás francesas.—«No puedes entrar religiosa (dice Jorge Sand), aun tienes un recurso; hazte cortesana.»—«La ley del matrimonio es dirimente ante Dios como el matrimonio civil es dirimente ante los hombres.»—«La fidelidad conyugal es una escepcion, la mayoría tiene otras necesidades.»

¿Y quien así escribe es una mujer! (1). Recorred ahora los diarios franceses y contad á cuantos desgraciados han conducido esas máximas al Sena; cuantas seducciones, adulterios, violencias, separaciones han causado; cuantos amantes se han dado la muerte mutuamente; cuantos hombres de mérito se han dejado arrastrar de esta execrable manía.

Otro inconveniente de lo extraordinario es que no ha de ser manoseado; y precisamente ha sucedido todo lo contrario. Apenas hay corsante en cualquiera de las aulas francesas que no sea autor de una ó más de estas novelas terribles, y muchas veces la componen á cuatro manos. Lo

(1) Todo el mundo sabe que bajo el pseudónimo de Jorge Sand se encubre la señora baronesa de Dudevant.

forma es menos atrevida que las de las obras de Jorge Sand y de Bazac, pero en cuanto al fondo pudiera decirse que habían sido fandidas en la misma turquesa. La mina de lo extraordinario se agota muy en breve; una vez agotada se roba de los antiguos y de los modernos, de la España y de la Inglaterra, de Italia y de Alemania, y no pocas veces sucede que un autor se roba á sí mismo, sin acordarse ya de lo que escribió.

De aquí esa inmensa cantidad de novelas francesas en que nos ahogamos; cantidad tal que todo francés parece haber nacido novelista. El mochebo de una tienda forma su tomito; el oficial de sastre nos regala el suyo; la condesa, el militar, el estudiante, todos forman novelitas que es un primor. — ¿Cuáles vuestra profesión, caballero? — Si hacéis esta pregunta á doscientos jóvenes que veáis vagar por los paseos de París, los ciento noventa os responderán: «Literato.» — Preguntádesles que ramo de literatura siguen, y os responderán con énfasis que saben hacer de todo. Y no os engañarán, porque seguramente no hay cosa mas fácil que zurcir diez ó doce páginas de un libro, á diez ó quince de otro; diez ó quince del tercero á diez ó quince del cuarto; y de este modo hacer un tomo primero: se fabrica del mismo modo el segundo, y luego se le pone un título, y ya tenemos una novela mas.

RECUERDOS POÉTICOS DE LA EDAD MEDIA.



La poesía de imágenes, aquella que en la rudeza primitiva de la sociedad se identifica con las sensaciones dándole cuerpo, forma y movimiento; que sirve á la vez de intérprete á un pensamiento religioso; de conductor á un sistema imperfecto de civilización, de norte á la galantería y al valor, y raras veces á la razón; esa es precisamente la poesía de la edad media. Y esa es la verdadera poesía; porque sólo ella logra inflamar la fantasía del hombre, enardecer su corazón, y abrir la puerta al verdadero heroísmo. Hágasela instrumento de las verdades en que se funda el orden social, y ya entonces, sin perder sus formas ideales, sin dejar de recorrer un mundo fantástico poblado de imágenes grandes y sublimes, será el eco de la razón, porque la razón, no dogmática, acompañará forzosamente á los hechos emanados de aquellas doctrinas. ¿Quién es capaz de sostener que el idealismo de la poesía de imágenes no hallará cabida, y aun preferencia, al lado de la filosófica y yerta poesía de nuestro siglo? Ardua empresa sería por cierto: sería lo mismo sostener que un discurso didáctico es preferible por su estilo á un discurso oratorio.

Cada vez que volvemos la vista á esa sima histórica y tradicional en cuya seno inmenso se ha ido precipitando la multitud de siglos que dejamos para siempre á espaldas del nuestro, la imaginación contempla absorta una serie de seres gigantescos, de seres poéticos, cuyas cabezas cubiertas del pesado almete, descuellan en medio de las generaciones pasadas como los héroes de Homero entre la muchedumbre de sus soldados; verdaderas figuras épicas, engrandecidas por las imágenes robustas y atrevidas de los antiguos romances de Europa. A ellas deben sus formas hercúneas, su brazo de hierro, su valor indomable, su constancia en los peligros, su resignación en los trabajos, su piedad religiosa, su galantería con las hermosas, su inalterable amor y decisión por la patria:

y sólo á los romances heroicos, á los juglares y trovadores con su inmensa libertad de imaginación y de poesía, debieron indudablemente lo que de ordinario oímos en la narración lacónica y diminuta de las antiguas crónicas que á veces hacen dudar de los héroes cantados por los romancesos. ¡Que mucho incurrieran en ese olvido, cuando al referir las nuestras el memorable suceso de la restauración de España, han dado motivo á dudar de la existencia de Pelayo, héroe principal de aquella gloriosa empresa!

Su embargo la tradición poética ha podido mas en todas partes que el silencio de los cronistas; y al través de multitud de fábulas con que el orgullo supersticioso de la humanidad se complacía en adornar al ídolo que reverenciaba, se descubre un hombre, y ese hombre estuvo dotado de prendas que no pudieron hundirse en el olvido, y llevando en derredor suyo la historia de la sociedad de su siglo con los vicios y virtudes, con las hazañas y desastres, con la creencia y el valor de donde tomaron origen aquellas mismas fábulas.

Por eso, y sin estendernos á citar muchos de los personajes semifabulosos ó tradicionales de la edad media, hallamos en nuestros romancesos dos héroes coetáneos uno francés y otro español, iguales en las aventuras de su nacimiento, iguales en valor, iguales en ser el apoyo de sus monarcas, iguales en lo dudoso de su existencia, y por último iguales en haber ocupado la Musa de los poetas épicos de Italia y de España: hablo, pues, de Roldán, Rolando ó Orlando (1), sobrino del célebre Carlomagno, y de Bernardo del Carpio, sobrino de Alonso el Casto, rey de Leon. Sabido es que Pulci, Boyardo y Ariosto hicieron del primero el héroe de sus poemas, así como el segundo lo fue del poema que con el mismo nombre escribieron nuestro célebre Ralbuena; y ambos fueron ampliamente celebrados por nuestros romancesos españoles.

¿Serán estos héroes reales ó fantásticos? Cuestión es esta muy poco importante para la poesía, aunque lo sea de suma entidad para la historia.

Quiméricos ó verdaderos, ellos por sí solos representan un siglo, una época fecunda en observaciones para el filósofo, en imágenes para el poeta. El Roldán de los cancioneros, el Roldán de las hazañas portentosas, es un guerrero terrible de indomable valor y de invencible brazo; de costumbres austeras y religiosas y muy hábil para convertir á garenos; ese es precisamente el tipo de la edad media; la existencia mística apoyada en la fuerza brutal y rodeada del delito; el arrepentimiento al acercarse la muerte.

El Bernardo de nuestros romancesos es joven, de rubios y ensortijados cabellos, de recios miembros, é igualmente atrevido y valeroso que el paladín francés: sobre estas prendas resaltan en gran manera su ternura para con su desgraciado padre el conde de Saldaña; su inalterable fidelidad al rey Alonso el Casto, de quien se veia átanamente ofendido. Pero la memoria de Bernardo, históricamente mas dudosa que la de Roldán, no ha dejado como esta vestigios y aun testimonios visibles de su existencia tradicional. Por todas partes se presentan recuerdos del héroe francés: háblase de su época como de la de los encantadores y gigantes. El viajero al recorrer los montes pirineos vé la inmensa Brecha de Roldán, representada en el grabado que acompaña á este artículo, en donde las empinadas rocas parecen como hendidas por una fuerza prodigiosa. Los habitantes de ese país dicen que aquel famoso paladín separó las enormes masas de granito con la pujanza de su espada. Si, en efecto, hacia resonar los

(1) Con estos tres nombres es conocido en nuestros cancioneros.

ecos de su trompa guerrera en la estension de veinte leguas á la redonda del Pirineo, bien podía su brazo de hierro hendir las montañas mas elevadas. Por todas partes las imágenes poéticas sirviendo de páginas á la historia.

La poesia, pues, se deleitaba en aumentar las proporciones gigantescas del héroe de Carlo Magno, sin sospechar que toda aquella grandeza sub íme habia de servir de magnífico trofeo á otro héroe, y á otra poesia nutrida de imágenes épicas fogosas, como el clima en que se conciben. Bernardo, por la tradicion y los romances españoles venció, y quitó la vida á Roldan en combate singular en la famosa batalla de Roncesvalles: segun ellos toda la honra y preza del mas valiente de los paladines de Carlo Magno pasó á laurear las sienes del guerrero castellano. De aquí el comun estrivillo de nuestros paisanos:

Mala la visteis franceses
La caza de Roncesvalles,
D. Carlos perdió la honra
Murieron los doce pares, etc.

En otros romances se refiere el trágico fin de Roldan de la manera siguiente.

Apercíbense los reyes
Con las gentes de su estado,
Halláronse en Roncesvalles
Do muy recio han batallado,
Mueren allí muchas gentes
Franceses y castellanos.
Venció el rey D. Alfonso
Por el esfuerzo sobrado
De Bernardo su sobrino,

Que era el mas señalado,
Mató Bernardo por sí
A Roldan esforzado,
Y á otros muchos capitanes
De Francia muy estimados.

Con mas estilo poetico espresa lo mismo otro poeta anónimo en los siguientes versos:

.....
El gran sobriño de Alfonso
Furioso busca al de Carlos;
Hállale en sangre teñido,
Y el viene en ella bañado.
Los mas bravos corazones
Que humano pecho ha encerrado
Juntos á batalla vienen
Con fuerza y ánimo osado.
Para verla se suspende
La del uno y otro campo,
Entre la esperanza y miedo
Los corazones temblando.
El cielo que á Orlando espera,
Fortuna que se ha camado,
Dan y quitan la victoria
De un francés á un castellano.

He aquí la edad media: he aquí la poesia identificada con las sensaciones. he aquí al hombre de la sociedad naciente impulsado á la vez por el sentimiento religioso y por el instinto del valor. Diríjense estas sensaciones á un centro de utilidad comun y será el hombre de la civilizacion y de la cultura, pero sin renunciar á su tendencia física y moral por ser obra de la naturaleza.



(Vista de la brecha de Roldan en los Pirineos)